"La ciudad de barro"

La Mendoza de 1940 en la novela de Alejandro Santa María Conill

Por Gloria Videla de Rivero
(CONICET
Universidad Nacional de Cuyo)

NOTA I

La ciudad de barro (1941) (1) es la segunda novela del autor mendocino Alejandro Santa María Conill (1898-1957). **El vuelo sumiso** (2) (1934) y **El nudo ciego** (3) (1967) completan su producción de novelas, todas ambientadas en Mendoza.

Publicó, además, **Flechas de papel. (Prosa festiva)**, (4) ensayos, cuentos y numerosos artículos periodísticos. Colaboró en los diarios **La Libertad** y **Los Andes.**

El autor pertenece a la generación del 25 (5), cuya característica central es la de "un decidido **nacionalismo literario** realizado desde el ángulo de lo regional" (6). Con influencias del realismo y del naturalismo, **La ciudad de barro** representa la narrativa de inspiración social.

Conceptos del autor sobre la novela

Característica de los escritores pertenecientes a esta generación literaria fue la reflexión estética. Sobre el hecho lírico meditaron y teorizaron Alfredo Bufano (7) y Ricardo Tudela (**El hecho lírico**, 1937). Sobre la novela lo hizo Santa María Conill.

Ya en 1925 publicó en LOS ANDES un artículo sobre "El valor de la novela" (2 agosto 1925). El primer número de la revista **Egloga** se abre con un sólido artículo del mismo autor: "La novela, espejo y guía de la sociedad" (8), que nos permite conocer su pensamiento sobre la función y esencia de este género literario. En una sumaria historia, destaca el "claro y hondo sentido social", que tiene la novela moderna, desde Balzac hasta nuestros días. Señala que ésta:

"Se sitúa en la humilde realidad de nuestra existencia y se nutre con los modestos hechos de la vida cotidiana. Nada de brujas, trasgos ni animales alados. Toma al hombre de carne y hueso y, con él, a la sociedad toda, que lo deprime, lo exalta o lo asfixia. A ambos observa, analiza, describe. De aquel, narra sus luchas, sus triunfos, sus desgracias; de ésta, cuenta sus mezquindades, sus glorias, sus abusos.

Distingue, además entre la novela social y la de costumbres. Una novela es costumbrista, dice, "cuando la costumbre tiene en ella mayor importancia que el asunto y los personajes. Es social cuando sus personajes viven en conflicto con la sociedad (con los otros hombres, con las otras clases, con el Estado)".

La novela es, pues "espejo y guía de la sociedad": por un lado la expresa y por otro, contribuye a transformarla.

Hasta aquí, Santa María ha hablado de la novela moderna en general. Pero quiere expresar cómo entiende que debe ser la novela argentina."Nuestra novela —dice— tiene que empezar por darnos noticias veraces, cabales, de nosotros mismos". El novelista cumple una misión de descubridor de modalidades nacionales: "... ha de decirnos a los argentinos cómo somos, cómo actuamos, cómo gozamos y padecemos". Su obra nos ayudará a conocernos, para insistir en nuestras virtudes y acometer contra nuestros defectos. Entre ellos destaca: la crisis del carácter, el culto al éxito fácil, el afán de dinero, la elección de turbios medios para lograr esos fines.

"Por eso —dice— somos también fraudulentos". El fraude electoral es sólo una consecuencia de un hábito de engaño más generalizado y profundo, que comienza en los bancos de la escuela e invade todos los ámbitos de la vida social. Por todo ello:

"La labor que espera a la novela argentina es infinita. Sin embargo, debe, por de pronto, retratar, mostrar a lo vivo las mil formas de esa nefanda manía fraudulenta que ha invadido toda la vida colectiva /.../

Calle Urquiza, en la década de 1940 (a la derecha) y el autor de la novela motivo del estudio, Santa María Conill (a la izquierda).

En resumen, la novela nacional y regional tiene, en la concepción del autor, más que una finalidad costumbrista, una finalidad social: refleja y procura enmendar los vicios nacionales. Entre ellos, destaca especialmente las distintas manifestaciones de la mentira individual, o colectiva, impuestas ya con sagacidad, ya con violencia.

Esta teoría, publicada después que la novela que comentaremos, se adecua perfectamente a ella.

Las imágenes de la vida mendocina

El trasfondo real. La acción de la novela se sitúa en Mendoza, en un momento no determinado.

En la narración —que se lee con sumo interés— se interrelacionan dos hilos narrativos: el de los encuentros y desencuentros sentimentales entre Marta Duprat y Julio Esquivel, y la carrera política de éste. Esquivel ha abandonado a su novia. La novela comienza con el reencuentro y reconciliación de ambos, que resuelven casarse. Julio, abogado indolente y frívolo, que casi no ejerce su profesión, decide ingresar en la política para ganar una sólida posición (cf. p. 35). El reencuentro sentimental coincide con un accidente callejero, en el que muere un niño. La iniciación de Julio en la política, con la muerte de un correligionario. Ambos episodios, dentro de la técnica novelística, tienen un valor anticipatorio:. el noviazgo y la carrera política terminarán trágicamente.

Con respecto a la época en que transcurren los hechos, el narrador evita, cuidadosamente, darnos referencias temporales explícitas que nos ayuden a reconocer hechos o personajes reales (9). Probablemente, esta identificación fuera sencilla y transparente para los coetáneos, para los primeros lectores de la novela. Para el lector de hoy, sin embargo, las pistas son escasas.

La única localización temporal, muy imprecisa, es la que explicita en la introducción, luego de hacer referencia a los orígenes de la ciudad, "modelada en barro prístino, barro de América", y de aludir al terremoto del siglo pasado:

"No es cosa de hacer historia. Pero cabe apuntar, como remate del cuadro, que la locomotora resopló luego en la llanura, arribaron los primeros **pioneros,** *y recomenzaron impetuosamente los añejos afanes de surcos y regueros /.../. No tardó la tierra seca y ardiente en ser batida por furiosos enconos con calor de zonda, que concluyeron, a los años, por enajenar los espíritus y estremecer, desde sus cimientos, ese barro estructurado, ese barro hecho vivienda.*

"Es la época en que acontece esta historia intrascendente" (p. 11).

Interesa, sin embargo, poder establecer con más precisión el momento probable en que transcurren los hechos narrados, para rescatar así el valor testimonial de la novela. Ello nos ayudará a evocar un período de la vida de Mendoza, aunque con la obvia salvedad de que el novelista selecciona, interpreta, mezcla o recrea los hechos de su experiencia y los combina con los que proceden de su imaginación creadora, según su óptica personal y artística. El propósito de crear un "microcosmos" literario coherente en sí mismo, puede desplazar las precisiones del historiador, máxime cuando —como en este caso— el autor no se ha propuesto elaborar una novela histórica ni tampoco de costumbres.

La lectura atenta de la obra nos brinda algunos indicios. Es muy probable que uno de los personajes, Victoriano Ortúzar, director de una biblioteca pública y poeta, esté inspirado en una persona real: Serafín Ortega, quien dirigió la Biblioteca San Martín entre 1930 y 1944, (10) y fue también poeta. Coinciden, además, las primeras letras del apellido.

Otro dato que puede ayudarnos a situar cronológicamente la acción de la novela es la mención que se hace, en un diálogo, de la Reina de la Vendimia (11). Sabemos que la Fiesta de la Vendimia, en su actual versión, se inició el 18 de abril de 1936, durante el gobierno demócrata del Dr. Guillermo Cano (1935-1938) (12). La acción de la novela sería, pues, posterior a esta fecha y podría desarrollarse en algunos de los años comprendidos entre 1937 y 1940 (ya que se acabó de imprimir el 15 de setiembre de 1941).

De acuerdo con esta hipótesis, la elección de autoridades gubernamentales criticada en la novela debería ser lo que dio acceso al poder al Dr. Rodolfo Corominas Segura (1938-1941). Sin embargo, esta afirmación implica esperar del novelista las exactitudes propias del historiador. Según testimonio de Juan Dragh Lucero, amigo de Santa María Conill, los hechos políticos recreados en la novela son los que corresponden al período de influencia de Carlos Washington Lencinas, quien fue asesinado el 10 de noviembre de 1929. Según la opinión de familiares del escritor, la intención crítica de éste no apunta con exclusividad a un partido político sino a los vicios de la política de la época, en un sentido amplio (13). El novelista, por lo tanto, si bien ambienta su novela en la Mendoza de la década del treinta, pudo recrear, incluir y mezclar en la narración hechos precedentes de distintos momentos de la experiencia histórica: algunos pertenecientes a un pasado próximo, otros procedentes de un pasado anterior.

La ciudad. El narrador, de acuerdo con su concepción del género novelesco, en ningún momento pretende brindar cuadros de costumbres o pintar con detalles ambientes exteriores o interiores. Sin embargo, ellos se esbozan, se sugieren por medio de ligeras pinceladas, ya que los personajes y sus acciones están situados en su medio.

La introducción de la novela —que se distingue de la narración de los hechos, no sólo por su tipografía, sino también por su estilo, voluntariamente retórico, arcaizante, paródico— nos da un visión panorámica de la ciudad:

"Remoto lector: esta villa de Mendoza, empenachada de árboles y de pámpanos orlada, no asienta, como sus cordilleras de enfrente sobre alto y sólido plinto. Al contrario. Atalayándola desde el balcón montañés, se columbra, abajo, en una ancha sima del ingente valle vegetal que la ciñe por levante, su diminuto caserío, luminoso y adormecido, engastado en la cuadrícula verde de sus calles (p. 9).

Por la época en que transcurre la novela, el centro de la ciudad se "ha adecentado". El viejo estilo arquitectónico importado por los conquistadores ha sido remplazado por "el modernísimo, de líneas rectas y finas", el adobe ha sido suplantado por el cemento. Sólo la periferia "muestra sin rubor la genuina alma vernácula". (cf. pp. 11-12).

El narrador constata "una repentina preocupación por la estética edilicia, como si las gentes acabaran de descubrir que los edificios también merecían el honor de ser hermosos" (p. 84). Las casas que enmarcan la vida de los protagonistas no son descriptas minuciosamente, según las técnicas literarias del realismo y del naturalismo. Las descripciones, por el contrario, son breves, ágiles, casi alusivas, pero bastan para recrear una atmósfera. Las viviendas son de una sola planta (cf. p. 84) con zaguán y puerta cancel (cf. p. 28). No faltan lo patios entoldados, para atenuar los rigores del verano, con altos maceteros pintados de rojo (cf. p. 258), o la galería cerrada por la "espesa maraña de una madreselva" (p. 75), donde las familias toman mate.

En los interiores, sobre todo en las casas de la clase media adinerada, la moda impone cambiar los muebles:

"Por primera vez, luego de dieciocho meses largos, Esquivel volvía a sentarse a la mesa de los Duprat.

Todo fue nuevo allí para él. No vio un solo mueble de los que antes le fueran familiares. Hasta la decoración mural había variado. Ni siquiera el viejo reloj. /.../ escapó de la fiebre renovadora (p. 189).

Las familias antiguas, en cambio, suelen conservar sus "ancianos muebles, finos y valiosos" (p. 199).

La protagonista habita en el barrio de la Merced, dominado por la torre renacentista de la iglesia del mismo nombre (14). Barrio de población heterogénea que conserva, por su antigüedad, muchas casas de adobes:

"Las casitas empínanse al hilo de las calles. Tras sus paredes precarias, de adobes revocados y blanqueados, conviven, en fraternal vecindad, médicos y modistillas, industriales opulentos y dependientes de comercio, abogados y empleadillos, maestras de escuela y maritornes (p. 27).

Las casas de la gente de buena posición social están "en el barrio alto, aristocrático" (p. 49). En los suburbios habita el pueblo humilde, en "chatas casitas típicamente mendocinas (p. 241), o en "sórdidos tugurios de quincha o de adobe" (p. 145).

Se mencionan algunos lugares característicos: la calle San Martín, recorrida por el tranvía (cf. pp. 31 y 37), la Alameda, el Rosedal, a orillas del lago, con sus retretas animadas por la banda oficial (cf. pp. 121-122); el Plaza Hotel, con sus bailes vespertinos, animados por "la jazz" (sic. p. 47); el Borbollón, con sus piletas de natación populares (cf. p. 22), la vieja Escuela Normal "instalada en el añejo caserón de la avenida San Martín, semejante a hotel de pueblo" (p. 42).

No falta la mención a otros departamentos de la provincia, particularmente San RAfael (cf. pp. 56-58), y Lavalle (cf. pp. 108 y 115). Aquí y allá, siempre presentes, los árboles, y la grandiosa montaña.

Las clases sociales. La novela refleja una sociedad en un proceso avanzado de transformación. Julio Esquivel, el protagonista, pertenece a una familia "con apellido" (p. 35), pero sin holgura económica (cf. p. 52). También la madre de Marta Duprat es "mendocina de rancia prosapia venida a menos" (p. 41).

Para esta época, ya se ha afirmado un nuevo estamento social, procedente de la inmigración enriquecida con la industria del vino. Ese es el origen de Enrique Duprat, padre de la protagonista:

"Los Duprat procedían del surco. Doce años antes, el padre de Marta, hombre industrioso y calculador, como que descendía de campesinos franceses, trabajaba con menguado provecho en su pequeña bodega rural. Pero una sorpresiva y extraordinaria alza en los precios de los vinos, le permitió embolsar en dos años, una ganancia que no había logrado en quince.

No falta en la caracterización la crítica socio-política. Ese enriquecimiento "es el resultado de un golpe maestro dado por vinicultores y demagogos maridados" a costa de viñateros y consumidores (p. 15). Otros recursos, como la adulteración del vino con agua y ácido sulfúrico o la búsqueda de la cantidad, más que de la calidad de la producción, han contribuido a ese enriquecimiento. (cf. pp. 42, 104).

A pesar del desprecio de la clase patricia por los bodegueros (cf. p. 76), se realizan alianzas matrimoniales que van fundiendo diferencias. En la motivación de estas uniones puede estar el sentimiento amoroso (Marta Duprat) pero es frecuente el interés en adquirir blasones por parte de la burguesía rica (15). La novela ejemplifica esta situación.

"Fue por esta época que la señora Rosa se empeñó en que Marta había de aceptar sin reticencias las insinuaciones galantes de Julio Esquivel, con quien se encontraban frecuentemente en algunas reuniones de esas que la gente llama distinguidas.

—¡Hija, por Dios...! ¿Sabés quién es..? ¡Hay que ver! Dos veces no te mirarás en ese espejo... (p. 45).

Aunque existe la tendencia a la fusión, todavía hay defensa por parte de la clase tradicional. En diálogo con el protagonista, comenta un amigo:

—¿"Así que te vas a casar, y con Marta Duprat..? Menudo escándalo va a ser el de las comadres. Me parece que las oigo exclamar: "¡Todo un Esquivel acoplado a una Duprat!".

Y agrega que las comadres repetirán "lo habitual en tales casos: que Marta viene de la plebe viñateril y vineril... y asimismo agregarán lo que ya se susurra: **que la buena sociedad huele cada vez más a orujo...**" (. 69).

El pueblo humilde sólo aparece en la novela a través del personal doméstico y como personaje colectivo: la clientela electoral seducida, engañada y comprada por los candidatos políticos

Cultura y costumbres. A pesar de que no es intención del narrador pintar costumbres, la tendencia al realismo en su técnica narrativa, que presume una estrecha relación entre personajes y mundo social, hace que se inserten frecuentes alusiones a los hábitos de la época. En algunos casos se escamotean o se remplazan nombres de instituciones, en un intento levemente desrealizador, que busca superar lo fotográfico.

Es probable que muchos personajes estén inspirados en la realidad. Ya hemos dicho que Victoriano Ortúzar tiene rasgos de Serafín Ortega, presentado sin simpatía por parte del narrador. La biblioteca que Ortúzar dirige es la versión literaria de la Biblioteca San Martín, si bien no coinciden todos los datos, por ejemplo la antigüedad atribuida a la institución.

"La negligencia provinciana, había hecho de Ortúzar un funcionario feliz. Por desidia de veinte gobiernos que pasaron, la biblioteca oficial "la mayor de Mendoza y sus alrededores", como la llamaba él, funcionaba, sin muebles, sin aire, sin luz, sin calefacción... Así, en sesenta años de existencia ininterrumpida, la inverosímil institución había conseguido mantener a raya incluso a los ratones. Nadie se atrevía a violar la doncellez de uno sólo de los cuarenta mil volúmenes (p. 127).

Se enjuicia también el ambiente de los poetas de la época. Uno de los personajes critica su falta de arraigo, convirtiéndose así en portavoz del credo literario del autor:

"Me revientan estos metaforeros sin latitud, sin geografía, sin cosmos regional, nacional ni continental... Decididamente, a la poesía mendocina no le ha salido aún la muela del juicio..." (p. 71).

Entre las costumbres, se menciona la clásica siesta provinciana (cf. pp. 13, 257), la tendencia a la vigilancia y al comentario sobre las vidas ajenas (cf. pp. 14, 23, 85, 180), y la consecuente preocupación por "el qué dirán" (p. 32). Se vive con frecuencia, para el exterior (cf. p. 59).

El cine es el entretenimiento favorito. Se mencionan dos locales, uno de ellos "El Alcazar" (que podría ser el Avenida) (16). El teatro pujante en Mendoza en épocas anteriores (17), está en decadencia.

"—¿Y por qué no van al teatro?

—¿Al teatro? —exclamó con espanto la señora—. ¡Al velorio del peor muerto va más gente que al teatro..! (p. 62).

La vida femenina es tranquila. Las señoras asisten a sociedades de beneficencia (cf. pp. 16, 114), las jóvenes hacen labores manuales (cf. p. 156). Los noviazgos son castos (cf.pp. 54, 87), las "mujeres fáciles", son vistas con desprecio (cf. p. 176).

(Continuará)